# LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas: MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO

Apartado de Correos número 547 MADRID

En alencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.



CONSULTA

de médico ex interno del Hospital de San Juan de Dios. Enfermedades secretas, matriz y vías urinarias.

Curación radical de la sífilis, sin peligro, con el

606

De cuatro á seis de la tarde, 2,50 pesetas. Especiales, 5 pesetas.

Calle Santa Bárbara, 2

(esquina á Fuencarral, 73)



LIBRO INTERESANTE

HIGIENE DE LA MUJER

ARTE DE SER BELLA

POR LA CONDES DE VISALROVEVI

3 pesetas en las oficinas de LA MODA PRACTICA, Marqués de Cubas, 7.—Madrid.

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSE LERIN

Abada, 22 -:- Kiosco frente á Apolo

Envíos de periódicos y libros á provincias

Pídanse precios de publicidad en LA HOJA DE PARRA á la Administración, Méndez Alvaro, número 2, Madrid.

Para poder abandonar el perjudicial VICIO DE FUMAR y conseguir la completa curación de las afecciones de las vías respiratorias tómense las Pastillas del Dr. Laboschin

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

Dos pesetas caja en todas las buenas farmacias de España.

VILLA QUE SE ARRIENDA

En el paraje más bello del Sardinero, enfrente, sobre y junto al mar libre, en la carretera, é inmediata al ferrocarrilito, á 200 metros del Gran Casino, se cede una villa amueblada, con ropa para todos los servicios, diez camas, seis dormitorios, comedor, vajilla, servicio nuevo de mesa, etc., etcétera, etc ; y por la tercera parte de su precio á causa de tener que ausentarse los actuales arrendatarios. Darán razón en la Administración de EL LIBERAL.



AÑO I. Madrid, 7 de Octubre de 1911. NÚM. 23




# LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

## SUMARIO


CARLOS MIRANDA
De parranda.
FELIPE TRIGO
El oro inglés.
JESUS LUENGO
Erótica.
JACINTO BENAVENTE
Después de la lectura.
JOSE JUAN CADENAS
Las cerillas.
PILITA, LA DONCELLA
¡Oh, los grandes hombres!...
EL CONFESONARIO
Artículos de VICENTA VARGAS y MORENO DE ALCALÁ.
GONZALO CANTÓ
Caso de conciencia.
JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO
Historia de ladrones.
JUAN CORTÉS
Sarmientos.
FERNANDO MORA
Los vagos.
TOVAR, «CYRANO» y ALFONSO


Caricaturas y retratos de Candelaria Medina, Vicenta Vargas, Vicenta Lobo (Coralito), el «Padre» Ferrándiz y Moreno de Alcalá. Desnudos de nuestras artistas y otros dibujos.

5 cénts.



CANDELARIA MEDINA

Nuestra hermosa «divette», que al echar mano de la ropa de invierno, refuerza su repertorio y se dispone á darle á conocer, unido á su Arte y su gracia del mismísimo barrio del Perchel...




LAS CANCIONES DE BILITIS

Ó ANDA LA PERITONITIS!

Leyendo estoy BILITIS
(LAS CANCIONES ERÓTICAS),
que es uno de los libros
clásicos del amor;
y ¡ay, lector!
te juro que, si hoy día
se hicieran cosas tales,
perdía pronto el juicio
(de faltas) el autor:
¡sí, señor!

¡Caramba con Pamphylia!
¡Rediós con Mytilene!
¡Canástoles con Chypre!
¡Qué libro tan bestial
é inmoral!
¡Qué frases tan horribles!
¡¡Así me explico ahora
que huyese, avergonzada,
de Grecia la Moral,
voto á tal!!

¡Caray con Myromeris!
¡Rediez con Mnasidika!
¡Demonio de Melantia!
¡¡Qué modo de entender
el placer!!
¡Recontra con Pitakos!
¡Recristo con Paunychis!
¡Recórcholis con Lykas!
¡¡Qué ganas de moler!!
¡¡¡Hay que ver!!!

¡Qué cánticos á Venus!
¡Qué estrofas á Astartea!
¡Qué estancias al dios Príapo!
¡¡Qué horror, qué horror, qué horror!!
¡Ay, lector!...
¡Y aún dicen, de nosotros
(los de la Buena Prensa),
que hacemos estas «hojas
de parra» del Amor
sin pudor!...

Quisiera que leyesen
las *coplas* de BILITIS:
¡verían lo que es bueno!...
Yo os digo — «en puridad
de verdad» —
que estoy horrorizado
leyendo esas Canciones...
¡¡Y aún habla *El Universo*,
de la inmoralidad»
de esta edad!!...

Nosotros somos puros;
nosotros somos castos;
nosotros somos dignos
de ir á la gloria con
pantalón
los hombres, y las hembras
con faldas. Y de fijo
que á todos nos daría
San Pedro su perdón,
¡y un jamón!

No sigo, aunque me emplumen,
leyendo estas CANCIONES,
porque me ruborizo
de un modo «singular»
al notar
lo lúbricos y torpes
que fueron los poetas
antiguos... ¡Ay, qué forma
tan sucia de pintar
el folgar!

¡Qué cosas, Virgen santa
decían los helenos!
¡Qué libros tan obscenos!
¡Qué modo de ofender
al pudor!
¡Qué escenas y qué tipos!
¡Qué cantos y qué solfas!
¡Qué *golfos* y qué *golfas*!...
¡¡No puedo ya leer,
de rubor!!...

**Carlos Miranda.**



# EL ORO INGLÉS

LEÍA yo, acostado, tratando de dormirme, *El Imparcial*. De pronto, sobre el cielo raso, sonoro como e parche de un tambor—¡oh, estas casas nuevas de ladrillo y hierro!—sentí los pasos menuditos. Aquella noche me intrigaron más. Por la tarde había sostenido este diálogo con la camarera de la fonda:

—¿Quién duerme arriba?

—La inglesita.

—¿Qué inglesita?

—Una joven que ocupa dos habitaciones. La contigua, para su institutriz.

— No la conozco.

— Come en su cuarto. Sin embargo, ha debido usted de verla en la playa todas las mañanas.

—¿Guapa?

— La mar.

Dejé caer el periódico, y me quedé fijo en el techo.

¡Si fuese de cristal!

Las maniobras de siempre. Mi habitación tenía la cama en un ángulo del fondo. Igual estaría colocada la cama en la de encima, y allá se habían dirigido los pasos: la inglesita levantaría el embozo... Después sentí el dulce y picado taconeo hacia el rincón opuesto. ¿El tocador?... Ella, frente al espejo, se quitaría las peinetas, las sortijas, el leve abrigo de sedas con que volvería acaso de oir en el bulevar los conciertos de orfeones... Se despojaba. Media hora. La niña se extasiaba con su imagen. Era, pues, cuando menos, lo menos coqueta que puede ser una joven cuando no es tonta, aunque sea inglesa.

Vagó en seguida por la alcoba. Mis ojos la seguían con toda precisión en el techo... ¡ah, si fuese el techo de cristal! No muy alta ni muy gruesa, sin duda, aunque sí nerviosa y vivaracha. Cruzaba de uno á otro lado con ese mariposeo de bien vestida al desnudarse; por consecuencia, un dato más: elegante.

Volvió al centro, y un roce indefinible me hizo adivinar su vestido y su enagua cayendo á sus pies. Habría jurado que la estaba viendo, toda recta aun en el ruedo de estas ropas por el suelo, desenlazarse el corsé; doblarse después á recogerlo todo y llevarlo á la percha taconeando más ligera... en camisa, no sin lanzar de vuelta una caricia de mimo á su escote, en el espejo... Y ¡qué estupidez!... he aquí una cosa que yo *no veía* bien: cómo tendría los senos una joven inglesita; ¿anchos, semiesféricos, de amplia base, como las españolas? ¿Separados y rebotantemente movibles, como las francesas? De media toronja como las indias de aquel Ceylan de mis sueños de un día?...

Tornaba, tornaba la inglesita á un vertical; es decir, á su lecho, que chirrió al sentarse ella en el borde. Iba á descalzarse. Un golpe seco: una bota al suelo. Una bota pequeña, dulcísima, que habría dejado al aire un pie calentito, cubierto por una media de seda tensa como un guante, y azul Luzbel, de seguro. Una pierna sobre la otra... ¡Oh, cómo miraba yo de abajo arriba y cómo la virginea miss no supondría que era el techo de cristal!

La otra bota al suelo. Y la cama volvió á crujir inmediatamente, en gemidos ardorosos del sommier al recibir el cuerpo. Mas ¿era entonces que se acostaba con medias?

Nada... al poco. *Ella*, que fantasearía, Venus sepa que cielos de juventud, y yo en mi solitario cuarto, con *El Imparcial* sobre la colcha, con los ojos fijos en aquel techo blanco que no tenía un escotillón por donde yo... ¡bah, qué idiotas hosteleros y qué techos tan estúpidos!

Me quedaba la imaginación proponiéndome problemas. Recorría el desorden delicioso del cuarto aquel de mi extranjera vecina con el vestido en la butaca, con el corsé á medio colgar del niquelado clavo de la percha, dejando caer sus broches de las ligas sobre el blanquísimo pantalón orlado de encajes; con aquel aire oliente á perfumes de

## NUESTRAS COCOTAS



**VICENTA LOBO**
*(CORALITO)*

tocador y de chiquilla bonita, con aquella cama en que ella al fin dormía derramando por la almohada su cabellera de oro británico, y abandonando sobre la cubierta cielo sus desnudos brazos, delgados y flexibles...

¡Dios! ¡Gran Dios! ¡El oro británico! ¡El oro famoso inglés que yo no conocía ni en libras esterlinas, ni en amorosos rincones!... Porque hay tremendos detalles en que la



*La escultura.*—Señor ujier, haga el favor de la hoja de parra, que se me ha caído.

imaginación se pierde: por ejemplo, la mía, sobre las laxas y lisas doradas cabelleras inglesas, no podía concebir los rizados breves... ¡sí, sí, lo que fuera horrible en una sola laxitud!... ¡Horrible! ¡horrible!

✠

La imaginación es una solemnísima embustera y una infeliz inocente.

Aquella vez tan sólo no me había engañado en que la niña era preciosa y delgada y adorable. Pero ni el tocador estaba á la izquierda de la puerta, ni *ella* dormía nunca con sus brazos al aire, ni se sentaba en la cama á descalzarse jamás, ni sus medias eran azul Luzbel... sino negras, caladas.

¡Ah! Y además no debe uno aventurar temerarias deducciones sobre la laxa y lisa cabellera de las dulces inglesitas!

***Felipe Trigo.***

# ERÓTICA

Yo iba paseando
del río á la orilla
bajo los copudos y frondosos árboles
que forman aquella deliciosa umbría.

El sol se ocultaba
tras una colina
y el paisaje entonces fuese revistiendo
de melancolía.

El fecundo río
de aguas cristalinas,
á mis pies cantaba su canción eterna,
canción de nostalgias, canción de alegrías.

Todo en torno mío
era poesía,
quietud y misterio, rumores, aromas
y calma infinita.

Llegué hasta un remanso,
sentéme á su orilla
sobre aquella verde y agradable alfombra,
buscando reposo para mi fatiga.

En aquel momento,
del agua salía
derramando perlas de grato rocío
una hermosa ninfa.

Su cuerpo admirable
nieve parecía,
y con la cascada de su hermoso pelo,
al verme, azorada, se cubrió en seguida.

Latió en mí la fiera,
me acerqué á la niña
y cubrí su cuerpo rosado y suave
de tiernas caricias.

***Jesús Luengo.***



# DESPUÉS DE LA LECTURA

(ESCENAS DE LA VIDA TEATRAL)

En el escenario. El autor termina la lectura de su obra. Los actores y algunos amigos del autor esperan impacientes el final.

*El autor (leyendo).*—«¿Y qué me importa el mundo? Sólo puede juzgarme...»

*Un amigo.*—¡Muy valiente la frase final!

*Director.*—Tal vez peligrosa...

*El autor.*—¿Cree usted?...

*Director.*—Ya lo veremos en los ensayos. Esto que ha leído usted no es nada. En los ensayos es donde empezará usted á ver la obra. Allí acortaremos, *acoplaremos*; ya verá usted. Porque usted todavía no sabe lo que ha escrito...

*El autor.*—¿Cree usted?...

*(Los amigos discuten en un grupo.)*

*Amigo 1.º*—Hay que decírselo. El, sin duda ninguna, no ha visto la inverosimilitud...

*Amigo 2.º*—¡Pero si salta á la vista! No le diga usted nada. Crea usted que él ha querido buscar un efecto.

*Amigo 3.º*—Como que de otra manera no hay obra.

*Amigo 1.º*—Pues yo le advertiré...

*Amigo 2.º*—¡Por Dios! No se meta usted en discusiones.

En estas cosas sólo el público... *(Sigue hablando.)*

*El primer actor (para sí).*—Mi papel no es cosa; pero, anda, que el de Núñez... Ahora verás, grandísimo bárbaro... ¡Si creerá usted que todo es hacer el *Tenorio* por la noche en el Salón Zorrilla.

*La primera actriz (aparte á su mamá).*—No puede ser, mamá. El vestido granate no pega... En el segundo acto figura que vengo de viaje.

*Mamá.*—De viaje de novios.. Es una tontería gastar dinero... No es obra para pegar...

*El galán joven (al actor de carácter).*—No se queje usted. A usted siquiera le matan en el primer acto, y se quita usted de disgustos... La obra no se acaba... ¿Se ha enterado usted de mi papelito?

*El autor (con timidez, interrogando fisonomías).*—¿Y que tal?... ¿Qué opinan ustedes?... ¿Hay interés?

*Director.*—No pregunte usted. En estas cosas sólo el público... Además, los ensayos... Ya verá usted lo que hacemos aquí en las obras.

*El autor.*—Lo que ustedes quieran... Por mí, en no desnaturalizando el pensamiento fundamental... ¡Porque habrán ustedes visto que la obra es un encadenamiento lógico!...

*Director (cortándole la palabra.)*—Mañana, de doce y media para una... (Los actores desfilan. El autor va en busca de su amigo; pero la mamá de la primera actriz le detiene para consultarle si su hija podrá viajar con falda granate y blusa gris, tratándose de un viaje de novios. De paso le habla mal de toda la compañía. Los amigos se cansan de esperar y deciden retirarse.)

*Mamá.*—Vaya, no le canso más. ¡Luisa, Luisa! ¿Dónde está esa niña? Usted lo pase bien...

*Autor.*—A los pies de usted.—(Al salir el autor tropieza con la primera actriz, que habla en la obscuridad de un bastidor con el galán joven.)

*Primera actriz (soltando de la mano un objeto que no cae al suelo).*—¡Ay! ¡Qué susto me ha dado!

*Autor (confundiéndose en excusas).*—Usted perdone... Está tan obscuro... No se ve nada... Su mamá pregunta por usted... A los pies de usted... *(Al salir.)* Yo creo que no han entendido la obra.

***Jacinto Benavente.***

## Los viejos que todavía...



EL «PADRE» FERRÁNDIZ

# LAS CERILLAS

I

JULIA ha vuelto del taller, entra en su cuarto—una modesta buhardilla en una calle por donde no pasa alma viviente—y se dispone á despachar la frugal cena.

La habitación es pequeña; pero en cambio sirve para todo. Es alcoba, gabinete, salón de recibir y cocina; todo en una pieza. Una ventana adornada de tiestos



*Ella.*—Mis años, mis años... El duque me echa treinta y nueve, ¿y usted?

*El.*—Bastantes menos, señora, bastantes menos...

ábrese sobre el tejadillo, desde el cual, y empinándose un poco, se distingue un pedazo de la acera de enfrente.

Cuando Julia termina su colación dirígese al lecho, abre cuidadosamente el cobertor y comienza á desnudarse. Conforme van cayendo al suelo las pobres ropas que viste, quedan al descubierto encantos apetitosos. La muchacha tiene lindas formas: amplias caderas, piernas torneadas, redondos brazos, senos firmísimos y ojos tentadores. Dirige una mirada al espejo, lanza un suspiro, y antes de apagar el quinqué enciende una bujía que coloca en la mesilla de noche. La cerilla, todavía encendida, tírala Julia por la ventana.

Luego Julia se acuesta y comienza á leer una novela *de* folletín.

II

Cinco minutos después, unos golpes dados en la puerta hacen temblar la buhardilla. Julia, asustada, salta del lecho y corre á preguntar quién llama.

Una voz de hombre grita irritada:

—Ha sido de aquí... de aquí, de este cuarto. Han arrojado una cerilla ardiendo, que me ha chamuscado el sombrero y quemado por completo la cinta—grita la voz.

Julia, temblando, entreabre la puerta.

Un caballero aguarda impaciente que alguien conteste á sus palabras.

—Perdone usted, señor—murmura.—Fué un descuido. Yo no podía figurarme que la cerilla llegase ardiendo todavía á la calle.

Al ver á Julia y el desorden de su *toilette*, el joven—pues la voz es de un joven gallardo y elegante—dulcifica su tono y ademanes, y empujando suavemente la puerta, penetra en el cuarto.

—Veamos—la dice.—Esto podría arreglarse. Usted tendrá por ahí una cinta negra; puede usted hacerme un lazo de cualquier modo. El caso es evitar que yo vaya luciendo mi *panamá* de esta manera, porque hasta mañana no me es posible llevarle á la sombrerería. A estas horas todo está cerrado.

Julia considera muy puesta en razón la exigencia del joven, y un poco aturdida busca entre sus trapos, escoge una cinta negra y pone manos á la obra.

—Será cuestión de un instante—dice.—¿Le parece á usted bien así?

Y mientras cose la cinta, el joven dirige una mirada á la habitación, contempla el lecho descubierto, luego las blancas carnes de Julia, su cuello, el arranque de los senos... y se acerca á ella cauteloso...

III

A las cinco de la mañana la puerta de la buhardilla se entreabre sin ruido, quedamente. Oyese un beso, y luego una voz que dice:

—Hasta la noche, ¿verdad? ¿Vendrás?

En medio de la obscuridad distínguese apenas una forma blanca que desaparece al cerrarse la puerta de la buhardilla, mientras que, un hombre, cubierto el rostro con el ala de un *panamá*, desciende cauteloso las escaleras.

¡Todo queda en silencio!

IV

Los vecinos de Julia dicen á todo el mundo que la soledad en que la muchacha vive y el exceso de trabajo han debido trastornarle la cabeza. Desde hace algunos meses apenas habla; no se reune, como antes, con las compañeras del taller, y, huraña y malhumorada, se encierra en su habitación. Luego, al llegar la noche, se pasa una hora asomada á la ventana de la buhardilla y arrojando cerillas encendidas á la calle.

—Está loca—dicen.

Y, naturalmente, nadie se explica la diversión.

*José Juan Cadenas*

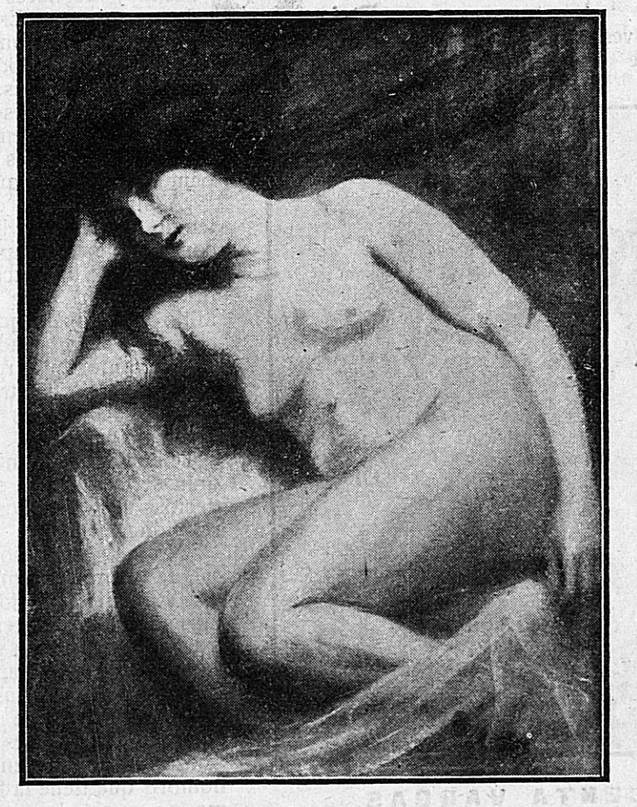


# ¡OH, LOS GRANDES HOMBRES!

Todos los españoles sabemos que don Antonio Maura es un grande hombre. Todos le conocemos. Algunos, ¡ay!, le admiran.

Pues bien; don Antonio Maura no merece ser envidiado ni por un modesto oficial de la clase de quintos. Don Antonio Maura es harto desgraciado. Don Antonio Maura es—¡el pobre!—un infeliz de tomo y lomo.

No es ya que un loco le estropee el chaleco de fantasía que fué el torcedor de La Cierva, ni que Soriano desde su escaño del Congreso le anonade con una arenga tribunicia. No es tampoco que tenga que aguantar diariamente las amenidades de Vadillo ni que todas las noches haya de leerse de cabo á rabo *La Epoca* para orientar á Valdeiglesias. Es algo más grave que todo esto. Es—y estamos dispuestos á probar que no inventamos—es que su cocinera, simplemente subyugada por la arrogancia de su figura, ¡¡¡le abraza en los pasillos de su casa!!!



*Exposición de 1911* — **Mme. Claude Marlef**

Y aunque la despidieron en el acto, don Antonio ha perdido la tranquilidad.

¡Compadezcámosle!

*Pilita, la doncella*

P. D.—La excocinera es vieja.



# El confesonario

## VICENTA VARGAS

Te conozco, público amado... Eres el mismo que en el Gran Teatro, en el Trianon, en el Kursaal, en el Príncipe Alfonso y ahora en el Nuevo me has hecho y me haces generosa merced de tus aplausos. Eres el mismo que, cuando me ves salir á escena para cantar el «¡Sarasa!» ó para colocarte un monologuito con la inevitable «deshabillé», te encalabrinas pidiéndome que me lo quite todo. Eres mi dueño. Eres mi tirano. Eres... «¡un ansioso!».



VICENTA VARGAS

Yo, claro está, deseo servirte; pero... ¿crees que se pueden satisfacer todos, absolutamente todos tus caprichos? Sepamos primero lo que me exiges.

¿Aspiras no más que á saber si he tenido muchos novios? No tengo inconveniente en complacerte: los he tenido. Desde un muchacho literato (mi primer amor), que hizo de nuestro idilio una novela que se vendió bien, hasta un señor madurito (mi último pretendiente), que, respecto á idealismo, era todo lo contrario que el literato, la escala de mis adoradores suma varios peldaños.

Te contaré otras intimidades que podrán serte útiles en el caso de que te decidas uno de estos días á pedirme relaciones.

No me gustan esos caballeros que así, de buenas á primeras, se me acercan y me dicen al oído y poniendo los ojos en blanco: «Vicentita; si la gustan á usted las alhajas la voy á poner en el anular una lanzadera, que está pocha». He observado que los que hacen eso es porque dudan de poder hacer otra cosa que las jóvenes estimamos más.

En cambio encuentro encantador al hombre que tiene la fineza de ofrecerme con gracia dos realitos de mojama de Alicante. Me parece que de una chica que prefiere la mojama á los brillantes no tendrán ustedes nada que decir, ¿verdad?

Allá va otra de mis rarezas: si quieren obsequiarme alguna vez y, como es natural, pretenden dejarme contenta, no se les ocurra dilapidar en el «Ideal Room» una fortuna en Champagne. Con un vasito de cerveza en Cercedilla (Cercedilla es un puesto de agua), ó con un té en el Colonial, encantada.

Pero todo ello á condición de que luego me acompañen al Nuevo, se sienten en su butaquita y me aplaudan hasta romperse las manos.

¡En alguna cosa tengo que ser exigente, qué demonio!

¿No hemos quedado, público mío, en que tú eres «un ansioso»?

*Vicenta Vargas.*



# MORENO DE ALCALA

Cualquier cosita buena daría yo por ser uno de esos periodistas que son capaces de escribir más que el *Tostao,* para poder contar lo que me ha ocurrido en mi trato con las hembras.

Desde muy chiquitín me han tirado las faldas una barbaridad, y hay quien dice que apenas sabía hablar y ya les echaba á las señoras *cá* mirada que las encendía el pelo.

Después, no hay que decir, crecí y me hice más pillo, y ya entonces no me contentaba con echar miradas á las *furcias* con quienes topaba: las piropeaba y hubo alguna que aceptó mis requiebros, iniciándome entonces en el arte de amar, que es más difícil, mucho más difícil que el de lidiar reses bravas.

A los toros se les engaña con el trapo, pero con las mujeres hay que emplear muchas mañas y habilidades.

Cada cual tiene su manera y su estilo propio.

Algunos son reservones y no quieren soltar prenda hasta que la *gachí* se ablanda y accede á lo que se le pide.

Yo, en cambio, me entrego por completo, y si consigo mis afanes es porque en todas mis cosas pongo mucho fuego y apasionamiento.



ANTONIO MORENO

En uno de mis viajes por provincias, y aunque bueno es advertir que los toreros cuando tenemos corrida somos la mar de prudentes y hasta castos, tuve una aventurilla que no se me olvidará mientras viva.

Frente á la fonda donde me hospedaba con mi cuadrilla, en una de las poblaciones más alegres y populosas de España, vivía una niña de dieciocho ó veinte años, más bonita que un sol y con una carita de ángel como las que pintan en las estampas de santos.

Su modestia y su inocencia me entusiasmaron, y sin darme yo mismo cuenta comencé á hacerla el amor.

Miradita va, suspiro viene, seña por aquí y requiebro por allá, acabé por interesar á la muchacha.

Hombre al fin y al cabo, no me contenté con darme paseos y rondarle la calle, y tras mucha porfía, la chiquilla me dijo que aquella noche podía hablar con ella en su cuarto, facilitándome, al efecto, una llave del portal.

Imagínense ustedes el ratito que yo pasaría mientras se acercaba el momento. Los minutos eran años y las horas siglos.

Me acicalé y me puse la mar de pinturero. Para hacer tiempo, me puse á picar un taco de tabaco con una navaja que me encontré encima de una mesa y que después me guardé maquinalmente en un bolsillo de la guayabera.

Como todo llega en este mundo, también llegó la hora de la cita, y en dos brincos me planté en el portal de mi novia.

Abrí cautelosamente, subí á paso de lobo la escalera, y la puerta del cuarto, sólo entornada, me brindó libre el paso.

La moza, no quiero ni acordarme de su nombre, me hizo la mar de zalamerías, y juntos entramos en su cuarto.

Hombre precavido, más por ella que por mí, eché el pestillo.

Todo el que haya querido á una mujer se dará cuenta de lo que entonces pude hacer y decir yo. Loco de entusiasmo, la juré un cariño eterno, la hice mil promesas y puse en mis palabras todo mi ardor.

Estábamos en Agosto y en plena Andalucía, y el calor que por fuera y por dentro me abrasaba me hacía sudar copiosamente.

—¡Quítate la guayabera!—dijo la rubiales.

Y yo, confiado, tiré de ella, y estaba sacando un brazo de la manga, cuando por un espejo vi que aquella perra abría la puerta y que

tras ella había gente, de cuyas intenciones no me podía fiar poco ni mucho.

No sé si sentí miedo ó coraje ó vergüenza; lo que sí es que apretujé la chaquetilla y que en un bolsillo encontré la navaja con que había estado picando tabaco unas horas antes.

Muy pálido, pero muy decidido, me volví de cara é hice ademán de acometer á aquella granujería, que huyó como huyen las ratas á la vista de un gato.

Cerré la puerta con el pestillo, y atando al



—¿Y dices que te atreves..?

—Por lo menos con tres... copitas. Hay que hacer honor á la marca...

picaporte un pañuelo, y en aquella alcoba pasé la noche con la mala hembra, sirena de ladrones, hasta que rayó el día y pude salir al balcón y llamar á los de mi cuadrilla, que me aguardaban en la fonda, bien ajenos de lo que me había ocurrido.

Ya ven ustedes que la noche no fué de amor, sino de odio, y que no se debe uno fiar de todas las mujeres por muy bonita que tengan la cara y muy santas que parezcan.

**Antonio Moreno**
*(MORENO DE ALCALÁ)*

# CASO DE CONCIENCIA

—Señor cura, señor cura,
vengo aquí desesperado;
sabe usted que estoy casado
hace seis meses con Pura.
Que nuestra luna de miel
no ha pasado todavía,
y dejar su compañía
va á ser para mí cruel.
Pero... ¿á dónde piensas ir?
—A la guerra.
—¡Dios me asista!
Pues... ¿cómo?
—Soy reservista
y no me puedo evadir.
—Y de mí, ¿qué es lo que quieres?
—¡Qué he de querer, señor cura!
Que aun cuando no es capaz Pura
de faltar á sus deberes,
que sea usted su constante
apoyo y esté á su lado,
porque... se halla en un estado...
que me interesa bastante.
—Ya que por tu mala estrella
dejas á tu esposa así,
basta que fíes en mí
para que vele por ella.
Valor y esperanza ten.
—Al darle el último abrazo
temo que cierto embarazo
en mí note.
—¿En tí también?
—Bien sabe Dios que quisiera
poderla llevar conmigo.
—¿Y si un día el enemigo
la hacía su prisionera?...
—Tiene usted mucha razón;
iré solo, no vacilo.
—Descuida y marcha tranquilo.
—Déla usted su protección.
Es un caso de conciencia.
—¡Me he visto ya en tantos casos!
¡El Señor guíe tus pasos!
—Sea usted su Providencia.
En usted sólo confío
y en Dios, que es Omnipotente.
—Su estado tendré presente.
—Muchas gracias, padre mío.
—Ya que del pueblo te alejas
y de Pura, tu mujer,
te respondo que al volver
la hallarás como hoy la dejas.

**Gonzalo Cantó.**



# HISTORIA DE LADRONES

Pasó en Sierra Morena. Fué en una obscura noche de aquellos bellos días en que andaba por los campos el trabuco y en los caminos carreteros campanilleaban las sillas de postas.

Eran los tiempos líricos de los bandidos generosos, jinetes sobre tordas jacas montaraces; eran los tiempos de oro, en que había oro, y en que nuestros abuelos paseaban por España sus bandoleras gallardías y morían en la horca como héroes.

No lo ha narrado Merimée, ni Dumas, ni Gautier; no es fábula: me lo contó un pastor en un cortijo, y fué un pastor que, cuando yo le oí, ya había llegado á los cien años. Era camandulero y sabio, conocedor de hombres y frutos, risueño y venerable, historiador de tres generaciones en una gran comarca.

D. Juan Pedro de Villalobos y Mendívil tenía—según mi viejo cronicón humano—muchas onzas, mucha tierra labrantía, muchos escudos de nobleza, una hija como un sol, y... ¿una mujer también? D. Juan Pedro de Villalobos y Mendívil no tenía, en puridad, una mujer. Casado estaba, y bajo el mismo techo suyo moraba la que un día eligió por compañero; pero... ¿me comprendéis? Yo pienso que, en sus bodas, la esposa del hidalgo no debió oir la epístola de Pablo de Tarsia; antes bien, aquel párrafo de mi ascendiente Salas Barbadillo: «Busco yo un esposo que no sea marido entero, sino un leño, un árbol, digo que me defienda con su sombra, que yo le habilitaré para ello, poniéndole las ramas sobre la cabeza.»

Y sucedió que un día hubo de encaminarse á la corte D. Juan Pedro, para ver de arreglar ciertos litigios que le comían la hacienda. Le acompañó su hija, ya moza, bella y casadera, y prometida á un noble labrador de la ciudad; la mujer se obstinó en no seguirle, para holgar en su ausencia de una manera más procaz sin duda, y el buen hidalgo tomó la posta resignado y dolorido, porque, un poco filósofo y un mucho enamorado, quizá supiera y perdonara tan grande liviandad.

Y á la siguiente noche—noche de miedo y de negrura, en que el coche en que iban padre é hija corría como por modo milagroso sin despeñarse en los abismos, despertando



—La verdad es que se necesita tener mal gusto para engañar á mi marido con un hombre como tú...

á los campos de tragedia con la algazara de sus cascabeles—el estampido ronco de un pistoletazo paró en seco á las mulas en el camino carretero.

Eran los foragidos. Un capitán y cinco de ellos. Fué una rápida escena. Los viajeros se apearon aterrados. La mocita, mientras ataban á su padre y al mayoral, echó á correr entre las sombras, sin que los asaltantes se ocuparan al pronto de ella. Pero antes de que fuesen en su seguimiento, tornó temblorosa. La posta fué saqueada, todos registrados minuciosamente hasta en lo más recóndito de sus atavíos; alhajas, oro y equipajes pasaron á poder de los facinerosos. Luego, las fuertes ligaduras se soltaron. Amenazados por las bocas de los seis-

trabucos, volvieron á ocupar los caminantes los puestos en que iban. Un ladrón fué á besar á la mujer, y el capitán, hermoso y caballero, lo tendió de un tiro...

Muy lejos ya, cuando albeaba, el despojado hidalgo osó al fin levantar la cabeza á

## DE LA GUERRA ACTUAL



*El sultán de Turquía.*—¡Como no me ayuden las Potencias!

tiempo que su hija limpiábase una lágrima. Don Juan Pedro quedó estupefacto. La doncella llevaba su más preciada joya: el anillo en que fulgía la espléndida esmeralda, símbolo de una verde esperanza del doncel prometido.

—¿Cómo conservas eso?—interrogó asombrado.

La niña no le supo responder.

—¿Te han registrado?—dijo el padre.

—Sí.

—¿Conseguiste ocultarlo entre las ropas?

—No.

—¿Lo dejaste en el coche?

—No; no. Fué que al huir lo llevaba y lo escondí.

—Pero, caramba, ¿dónde? ¿En la boca? ¡Tampoco! Si tú pedías piedad.

La niña enrojeció y no le repuso. Por á un impulso involuntario su frente se inclinó, y la cándida mirada vagó un momento sobre la falda virginal. Entonces don Juan Pedro de Villalobos y Mendívil dió un gran suspiro, y exclamó:

—No, no me cuentes nada. ¿Sabes lo que te digo?

—¿Qué, papá?

—Que si viene tu madre no nos quitan ni los baúles.

***Joaquín López Barbadillo.***

## SARMIENTOS

—¿Qué hacen aquellos dos bultos
pegados á la pared
y que son, á lo que infiero,
un hombre y una mujer?
—Hacen todo lo posible
para convertirse en tres.

✠

La tarde estaba revuelta
cuando me hallé con Socorro,
como el aire me cegaba,
hube de exclamar: ¡Qué polvo!

✠

Pepe, después de enviudar,
se dedicó á novillero,
y en la primera corrida
se portó como un maestro;
lo que prueba que ya estaba
acostumbrado á los cuernos.

***Juan Cortés.***



# LOS VAGOS

*Para Antonio Casero.*

Es el cafetín de «La Esgrima» una cloaca, que para justificar su existencia tiene un fogón con ahumada campana, y un depósito de hojalata que se asienta en estrecho mostrador de mármol; que quizá algún parroquiano trasladó de cementerio vecino. En él cuece un brebaje que, por llamarse de algún modo, llámase café.

*Recuelo; mokiki,* dice la chusma que se llama.

La parroquia no es escogida, pero sí numerosa: rateros, trotadoras, miserable gente, en fin, que busca para su estómago, por poco dinero, calor y alimento.

En el rincón más obscuro conversan muy calladamente, el *Lolo*, el *Valencia* y el *Niño Tango*, tres respetables *choris* que, á falta de menos trabajosa labor, dedícanse al pequeño robo; tan embebidos están en su charla, que no miran á una vieja, de ojos llorones, que masca con ansia los mendrugos que en el fondo de su *vaso grande* se *enternecen*, ni á dos jovenzuelas feas y sucias: la *Cinquito* y las *Siete Bocas*, que les observan con el rabillo del ojo, mientras mastican lo que contuvo un papel grasiento, que arrojan al suelo.

—¿Tiés un *pajandi*?—dice la *Cinquito*, con voz áspera y rota.

—Toma—responde la compañera.

Encienden ambas *furcias* sus pitillos, y reclaman del mozo, desgreñado, roñoso y feo, dos *cubos*, que inmediatamente les trae.

La parroquia aumenta; entra con ella el *Cocheles* y el *Chivoli*, que son recibidos con satisfacción y algazara.

—¡Anda, leñe! ¿Vosotros por aquí? ¿Cumplisteis? — pregunta el *Lolo*.

—No; pero la reina ha *pario* y han *dao* suelta.

—¡Verdá!

—¿Y por el *hotel*, qué tal se pasa?

—Podriamente; pero aquello está *acabao*...—dice el *Chivoli*, que es un guapo mozo.

—¿Por aquí, qué cae?—interroga el otro amigo.

—Agua del cielo, ná más.



—Si tú supieras lo que de tí va diciendo por ahí el marqués.
—No me choca; conozco la lengua de ese viejo.

—¿Y de negocios?

—Este *banquete* tié la palabra.

—¡No se gana ni *mota*!

—Ni *pa* una ración de *Banda Municipal*—agrega el *Niño Tango*.

El *Chivoli* habla de nuevo, y con suficiencia exclama:

—¡Ya no hay raza...!

—¿De qué...?—replica un socio.

El filósofo no hace caso, y continúa.

—¿Dónde s'ha visto que la juventud, donde están *sembraas toas* las esperanzas, se

pudra en este cafetín, que es peor que un nicho de tercera?

¿Es que ya habéis bajao el alquila en el gremio de los castizos?

—No hay náa de eso, Paco; lo que hay es que ya ni Dios *avillela* ni tanto así de *pasta*.

—Por que estáis *cegatos*.

—¿Adónde hay *chapuza*?

—Yo sé adónde.

—¡Venga de ahí!

—En un negocio que si hay cuatro *tios* que me *segunden...*, *inflaos* de dinero vamos á vernos.

Los oyentes se agrupan y, con gestos más que con palabras, dicen:

—¡Cuenta! ¡Habla!

—Aquí, no —añade receloso el mozo.

Con pequeños intervalos van aquellos hombres dejando la mesa. De los últimos en salir es el *Niño Tango*, que erguido y pinturero pasa cerca de las dos mujeres.

—Oye, *nincha*—dice á la *inquito*—dame una *beata*...

—¡Pero!... —replica confusa la hembra.

—*Suda* y calla; que es bueno...

Un disco plateado tiembla en unos dedos largos y huesosos, que ofrecen.

—¡Qué *longui* eres!—dice la compañera—; *trabaja* pa ellos, ¿y pa qué? pa que llegue un *pellejete cualisquiera* y te lo *agüeque*? Vamos, que sus *ahorcaba, ¡mialas!*

—Cá una tié sus gustos: tú, en cambio, se lo llevas tóo á tu señora madre...

—¡Y bién...!

—Pa luego darse á la *tramilla*; se ponga *pea* y te *recite toas* las faltas que l'has *heredao*.

—*¡Bocas!*—grita á tal punto desde la puerta.—Por la Espada te busca un amigo...

Las mujeres que hay en el local vuelven la cabeza; la envidia á la *Siete Bocas* es grande.

—¡Qué suerte tiés, zagala! —mordisquea una vieja de pintadas mejillas y canosa pelambre.

—¿Es envidia, *Viejales?*

—¿De tí? ¡Valiente *coci!*

—Un *cocido*—replica la ramera—que se lleva las *perras...*

—¿Se t'ha pedío alguna vez algo?

—Hubieras *derrochao* el tiempo; y sobre tóo, *fumigate* y haber nacío cuarenta años después.

La anciana jura como una condenada; la joven sonríe, y después de arrebujar su persona en verduzco mantón, y de dar la postrer chupada á su cigarrillo, que tira á los pies de su competidora, sale á la calle.

Aún sigue la letanía de la endiablada vieja, cuando entra el *Valencia*.



**El suplicio de Tántalo**

—Tú, *Cinquito*, ven conmigo.

—¿Qué pasa...? —interroga la aludida.

—Sal y te lo diré.

—Dilo ya; pero *asepárao*, que tus *chogais* no son amigos.

—Que cosas tiés para que *te se* olvide.

—Habla, *mendrugüero*.

—Que el *Niño* ha *pringao* y está en la *Comi*.

Sale angustiada la mujer.

—Verás—; sigue el *Valencia*—*Chivoli* nos iba exponiendo, por Embajadores abajo, el proyecto de una combina de órdago, cuando dos *polis* nos salen al paso y nos registran y nos conocen; claro, calcúlate tú; notar esto y salir de *naja* tóo fué uno; suenan los pitos, vienen los serenos, yo doy un regate y dejo atontao al gallego; pero el *Niño*, ¡leñe!, *trompieza*, y el de la linterna, ese que lleva la luz en el cinturón, y que, según el *Espinaca*, tié el *ombligo iluminao*, le larga dos *osequios* con el chuzo y le ata; después, se arriman los de la toalla con dos más, que no sé quiénes son, y arman la *ristra*.

—¿*Dende* dónde los vistes?

—*Dende* detrás de una cortinilla de la vidriera de la *tasca* del 11.



—¿Y yo, qué hago ahora?

—Lo primero, cumplir sus *istruciones*.

—¿Cuálas *istruciones*?

—El, al caer, me dijo: «Cuida á mi *peque* y no la dejes hasta que *salde* las dos semanas.

—¿De verdá?

—¡Como éstas!—El interlocutor hizo una cruz con sus dedos.

—Y ¿qué más?

—Pues, que le lleves *gabis*, tabaco y una camisa *planchá*.

—¿Pa que quedrá la camisa en el *hotel?*

—Como no sea pa estar decente...

Quiere el *Valencia* abrazar á la *viuda* quincenaria, que se resiste; al fin, como el mozo es agradable, lo tolera. Acuerdan, puesto que la noche va de vencida, recogerse, y camino de la casa marchan, cuando se encuentran en la calle del Amparo con la *Siete Bocas*; al ver al *Valencia*, pregunta, extrañada:

—¿Y el *Niño*?...

—De quincena...

—¿Y dónde vas tú?—dice la *Cinquito*.

—¿Y yo qué sé?

—¿No vas á casa?

—Mi madre se ha *ajumao*, s'ha caído por *las escaleras* y se l'han llevao al *hospital*. Dicen que *privá* de conocimiento.

—¡Anda, Dios!

—Y no es eso lo más peor.

—¿Pues, qué hay?

—Que con estas cosas, se ha perdío la llave, y no puedo entrar en mi cuarto.

—Vente al mío; por una noche.

—¿Cómo...?

—Como que sí...

—Pero, ¿y éste?

—No te apures—dice la pequeña amiga con la mayor naturalidad—, mi cama es *mu ancha*...

*Fernando Mora.*

## ESPECTACULOS RECOMENDABLES

Algunos; no muchos, por desgracia.

En primer lugar, recomendamos á ustedes que tomen una butaquita en Apolo para ver la última comedia de Martínez Sierra. Ya habrán ustedes oído en qué «ambiente» se desarrolla...

Un respetable amigo nuestro decía anoche en un palco á su mujer y á sus tres hijas, ya casaderas:

—Os digo que está muy bien tomado esto. Así son esas casas...—Y su mujer le dió un abanicazo.

Luego, cuando salgan de Apolo, ó antes si les viene mejor, no dejen de darse una vuelta por el Teatro Nuevo, el clásico «Cine de la Encomienda».

Allí hay mujeres tan hermosas como la Ruiz Paris; muchachas tan artistas como la



**Mlle. Spinelly, actriz francesa**

Varguitas y nenas tan lindas como «Dafnis y Cloe».

No pierden ustedes nada con ir al Nuevo. Y si no quieren salir del centro de Madrid, en el «Petit Palais» está la Quijano; en Romea la Montalvito, y en el «Trianon, á falta de muchachas guapas, el empresario, nuestro amigo García Moriones, que no es de cara una preciosidad, precisamente, pero que tiene más simpatías que Dios...

Y aquí, en la Redacción, aquí, señoras, estamos nosotros...

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7.—Madrid